

EL REGALO DE CARLA

- Isabel -dijo la pequeña Carla con dulzura, mientras acostaba su muñeca en el cochecito rojo y negro y la arropaba bien con la frazada -, estoy segura de que no hay otra muñeca en todo el mundo tan amorosa como tú.

Isabel no contestó pero quedó bien quieta, con los ojos cerrados, como si estuviera muy satisfecha con su situación.

- Iremos de paseo ahora, Isabel -dijo Carla, mientras cerraba el portoncito del jardín y comenzaba a caminar por la acera.

- Isabel -dijo Carla seriamente-, espero que te portes bien mientras estemos en el centro, porque si te pones a llorar, no te daré ningún caramelo.

De más está decir que Isabel no lloró, y se portó muy bien.

Carla disfrutaba mucho de su paseo, y se sentía muy orgullosa como lo hacen las niñas cuando salen a pasear solas con sus cochecitos de muñecas.

Al llegar al final de la calle se encontró con una niñita que tenía la muñeca más sucia que hayas visto alguna vez.

- Isabel - susurró Carla -, estoy tan contenta de que tú no estás sucia como ella. Pero esa niñita pobre parecía querer tanto a su muñeca sucia y estropeada como Carla a Isabel. La abrazaba con mucho cariño, y le decía que era la muñeca más amorosa del mundo.

En ese momento la niña comenzó a cruzar la calle y un camión apareció de repente por la esquina. La niña saltó hacia atrás exactamente a tiempo, pero con el susto se cayó la muñeca que rodó bajo las ruedas del camión, que hicieron añicos.

La pobre niñita se echó a llorar al ver lo que había pasado con su preciosa muñeca. ¡Era la única que tenía! El corazón de Carla se conmovió profundamente. ¿Qué podría hacer? No había nadie cerca, de modo que le parecía que ella era la única que podía consolarla. Corrió a su lado puso su mano sobre el hombro de la niñita y le dijo que no llorara. Pero ella seguía llorando. Carla miró su cochecito y pensó en su amada Isabel. ¿Podría? ¿Sería capaz?

- Pobrecita -le dijo-, no llores más. Te regalo mi propia muñeca, Isabel. Es la muñeca más hermosa que hay en el mundo, y estoy segura de que te alegrará tenerla.

Carla abrazó a la niñita, y dándole un beso, le entregó la muñeca. La pobre casi no podía creer lo que veía.

- ¿Es para mí? -preguntó-. ¿Realmente para mí?

-Sí -contestó Carla, para siempre.

Carla se dio vuelta y se fue corriendo a su casa antes de que se arrepintiera de lo que había hecho. Se sentó en el escalón de la puerta del frente y se puso a pensar en lo que había ocurrido mientras, con lágrimas en los ojos, miraba el cochecito vacío.

Pero alguien había visto lo ocurrido. En el piso alto una casa próxima, una señora que había estado mirando por la ventana y vio el hermoso gesto de Carla. Unos pocos días más tarde esa señora fue hasta la casa de Carla con un paquete largo envuelto en papel de regalo y con un lindo moño de cinta rosada. Dijo que contenía una muñeca nueva para alguien que había regalado la suya.

Carla estaba tan contenta que no sabía qué hacer. Dijo que sin duda Jesús había enviado ese maravilloso paquete y la mamá también pensó lo mismo.

Carla llamó a su nueva muñeca Maribel para hacerle recordar a la que antes había querido tanto.